

ECA

Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XXII

Centro América, Octubre de 1967.

Número 231

Orientación.

¿CRISIS EN LA IGLESIA?

Juan Sobrino, S. J.
Frankfurt a/Main.

El autor, ya conocido de nuestros lectores por sus estudios filosóficos, analiza aquí algunos de los fenómenos que están sucediendo en la Iglesia y que pueden caracterizar la situación de ésta como de "crisis". Pero esta crisis —según él— es crisis de discernimiento, propia de un organismo vivo que se extiende y se desarrolla. No puede constituir, por consiguiente, un motivo de razonable alarma. El estilo mesurado del P. Sobrino y la objetividad con que tiende a analizar estos problemas, contrastan con el de otros escritores, que en vez de aclarar ideas pueden dar la impresión de considerar a la Iglesia sumida en un peligroso caos.

Si el lector quiere sacar fruto espiritual, le recomendamos haga más bien una lectura reposada del mismo, deteniéndose al final de cada párrafo unos momentos para saborear con la reflexión tan hermosas y consoladoras disquisiciones.

Hoy en día vivimos en un tiempo de cambios constantes en el que parece que todo se pone en duda. Valores seculares que parecían intocables son ahora cuestionados, si no necesariamente para hacerlos desaparecer, sí por lo menos para verlos a la luz del último tercio del s. XX que estamos estrenando. La vida familiar no puede ser la misma que cuando la mujer no trabajaba. La propiedad privada no se puede concebir hoy como si no hubiese habido revoluciones marxistas y encíclicas papales. Una nación por muy poderosa que sea no puede prescindir de las demás naciones esparcidas por los cinco continentes. Ante estos ejemplos que podrían multiplicarse y extenderse a los conceptos tradicionales de educación, economía, medicina, etc., el católico que ha vivido secularmente amparado en la fe de la Iglesia, se empieza a preguntar hoy: Y la Iglesia, ¿también cambia? Y detrás de esa pregunta se puede descubrir en muchos casos un dejo de preocupación. Hemos

oído durante tantos siglos que la Iglesia tiene la verdad, que la fe católica es la verdadera y por lo tanto inmutable, que un cambio en la Iglesia católica no puede ser un cambio más. Parece que es parte y esencia de la Iglesia católica una estabilidad que no pueden compartir otras instituciones puramente humanas.

Según esta mentalidad, para la cual la Iglesia es básicamente estable, se puede comprender el revuelo que está levantando hoy el cambio en la Iglesia Católica, simbolizado en el Concilio Vaticano II. Naturalmente que siempre se ha defendido un cambio en la Iglesia que vaya a tono con los tiempos. Pero a veces da la impresión que ese cambio era algo así como pintar el edificio de la Iglesia de vez en cuando, cuando el polvo de los años ya no la hacían visible. Pero de lo que se trata hoy en día, de lo que escriben periódicos, revistas y libros cuando hablan del cambio de la Iglesia, no es un mero barnizar el depósito de la verdad. Siguiendo la me-

táfora anterior, no se trata de pintar de otro color el mismo edificio, sino que el cambio puede llegar hasta los cimientos del mismo edificio y, según algunos, incluso lo pueden hacer tambalear. Por eso hoy en día se halla en algunos sectores de "crisis" en la Iglesia y no meramente de "cambio". ¿Está el Catolicismo en crisis, y si lo está qué significado tiene esta crisis para el católico de hoy?

El lector atento habrá notado sin duda que al plantear el problema he comparado la Iglesia con un edificio, lo cual no es ni mucho menos exacto, pues un edificio se mantiene precisamente cuando existe un equilibrio de fuerzas, es decir, cuando existe una condición estática. El movimiento es para un edificio fatal, pues significa sencillamente su derrumbamiento. La metáfora la he usado, sin embargo, intencionalmente, pues me parece que la concepción de la Iglesia-edificio es la fuente de muchos malentendidos y de angustias innecesarias, sobre todo hoy en día cuando al abrir las ventanas el Vaticano II, según algunos, el edificio se está moviendo. Sería quizás mejor y más bíblico comparar la Iglesia con la semilla que crece, con el árbol que se desarrolla, el cuerpo que vive, el pueblo que peregrina, etc.¹ Estas comparaciones se basan en el desarrollo de una vida y no en la inmovilidad de un edificio. Con esto se evitaría, aunque no totalmente, pues la Iglesia siempre ha de ser piedra de toque, escándalo y locura, el doloroso sentimiento de derrumbamiento, cuando en realidad se trata de un crecimiento. Es cierto que todo crecimiento es una "crisis", pero es la crisis de la maduración, la del niño cuando se hace joven, la del joven cuando se hace hombre maduro. Es una crisis abierta hacia el más y no hacia la destrucción.

Según esto ¿se puede decir que estamos hoy en crisis? Hace ya unos 20 años el cardenal Emmanuel Suhard en una de sus famosas cartas pastorales² estudiaba su época y diagnosticaba señales de crecimiento y aun de rebelión, y se preguntaba si esas eran señales de pubertad o de senilidad. Parte de la respuesta a esta pregunta la dio Juan XXIII con su optimismo cristiano al simbolizar la postura de la iglesia de hoy con su "aggiornamento". La experiencia cotidiana nos hace ver los cambios en la liturgia, el florecimiento de movimientos como el familiar cristiano, los cursillos de cristiandad, etc. No se puede negar que el "árbol" de la Iglesia está renovando su savia, que el "pueblo de Dios" peregrinante no ha plantado su tienda en el desierto, sino que sigue adelante.

Que la palabra "crisis" sea la más apropiada para describir nuestra situación como católicos

(1) También aparece en el evangelio la frase "edificar mi Iglesia", cuando Pedro es hecho roca en la Iglesia. La idea general, sin embargo, es la de una Iglesia viva y no estática.

(2) Carta pastoral, "Auge o decadencia de la Iglesia", París, 1947.

es algo que trataré de explicar más adelante. Ahora quisiera hacer otra observación preliminar que me parece importante. Al hablar del cambio, crecimiento, o crisis, si se prefiere, de la Iglesia, no estoy pensando en una Iglesia etérea que no existe en ninguna parte, o a lo más, existiría como una simple definición de catecismo. Me refiero a la Iglesia concreta, es decir, a las diversas Iglesias locales, esparcidas por todo el mundo. La Iglesia universal tiene su geografía y su historia. Siempre y donde se celebre la Eucaristía y se predique la palabra de Dios, allí está de alguna manera la Iglesia. Pero esto no quiere decir que la Iglesia sea igual en todas partes. Por lo que toca a nuestro problema, esto significa que el cambio de la Iglesia no se da al mismo tiempo ni de la misma manera en todos los pueblos. El que siga un poco de cerca las noticias de la vida católica internacional, cae en la cuenta enseguida que el catolicismo tiene hoy distintos problemas en Francia, Holanda, Estados Unidos, España, sin mencionar a los países de cultura no occidental.

Hoy en Centroamérica hay muchos católicos, campesinos por ejemplo, o personas que por su edad, educación o por la gracia de Dios, viven el cristianismo de sus padres y abuelos con una fe sencilla, los cuales ni siquiera entenderían lo que significa "crisis en la Iglesia Católica". A ellos no van dirigidas estas páginas. Pero en Centroamérica existen también universitarios, que al ponerse en contacto con las diversas ciencias naturales y sociológicas, empiezan a preguntarse por la significación de su cristianismo; existen los que leen a Sartre y se preguntan si todo no será mas que sueño absurdo, y los que leen a Marcel y se exigen un compromiso cristiano más personal y total. Existe el hombre que lee semanalmente la revista norteamericana "Time" y se detiene ante la información religiosa, que le habla un día de la muerte de Dios y otro del cristianismo profundo de un Bea o un Rahner. Existe el que ha oído ablar de que el teólogo inglés Charles Davis ha dejado la Iglesia, y el que ha oído que el P. de Lubac ha escrito sus mejores libros de amor a la Iglesia precisamente cuando estaba removido de su cátedra de teología por sospechoso. Existe el que ha leído a Marx con la suficiente inteligencia para ver que no todo es malo en el marxismo y empieza quizás a dudar de su fe, y el que ha leído también la "Mater et Magistra" y la "Populorum Progressio" y siente por ello más su responsabilidad de cristiano. Existe el lector de Darwin, que se pregunta si después de todo no seremos más que monos mejor educados y el que ha leído a Teilhard y quiere trabajar para preparar el punto Omega. Existe también el que ha oído discusiones sobre el control de la natalidad, sobre el celibato eclesiástico, la autoridad eclesiástica y una serie de puntos de los que antes no se hablaban. Existen los que se escandalizan de la riqueza de la Iglesia, o ellos por lo menos así lo piensan, los que se escan-

dalizan de la diferencia entre lo que predicamos y lo que hacemos.

Para estas personas el ser cristiano consciente y comprometido es un problema personal que no pueden resolver meramente envolviéndose en el cristianismo de otros. El "cambio" en la Iglesia para estas personas está precisamente en la incapacidad de eludir el momento de decisión sobre su propio cristianismo.

Además el Vaticano II, entre otras cosas, ha aunado al optimismo cristiano de confianza en el Espíritu, un realismo, también cristiano, por el que nosotros los católicos tenemos que empezar por limpiar nuestra propia casa; que el ecumenismo y la libertad religiosa no son mera condescendencia; que tenemos que compaginar en la vida y no sólo en teoría nuestra esperanza por la ciudad de Dios y nuestra responsabilidad por la ciudad de los hombres. En una palabra el concilio nos ha sacudido a todos, a unos más que a otros, en nuestra conciencia de cristianos.

En las siguientes líneas queremos analizar brevemente algunos puntos neurálgicos que constituyen el cambio en la Iglesia en nuestros días, sobre todo para aquellos para quienes el Cristianismo se presente hoy más que nunca como una decisión personal. Distinguiremos dos tipos de consideraciones. El primero es la cultura occidental del último tercio del s. XX, que influye tanto en cristianos como en no cristianos; y en el segundo, un fenómeno típicamente cristiano de nuestros días. Como ingredientes del primer grupo consideraremos tres puntos: la ciencia, la ciudad y la persona. En el segundo: el misterio de la Escritura, el misterio de la Iglesia y el misterio de Dios. Es naturalmente ingenuo pensar que en una línea se pueda tratar un asunto tan complejo como el Cristianismo de hoy, o pensar que los temas elegidos son los más apropiados. Sirvanos de disculpa, al abordar tema tan complejo, el pensar que otros completarán o corregirán estas consideraciones.

LA CIENCIA

Al hombre occidental de nuestro tiempo se le ha caracterizado como "el hombre mayor de edad". La frase quiere caracterizar la culminación de un proceso que empezó en el renacimiento con la filosofía de Descartes, que trata al hombre como sujeto, como interioridad, como persona, y no como un objeto más; y paralelamente con el descubrimiento científico de Galileo. El fin de este nuevo modo de pensar es independizar al hombre del cosmos, pues el hombre como persona tiene un valor absoluto en su línea. Con esto querían nuestros precursores de la cultura occidental atacar la tradición de la filosofía griega y medieval en la que el hombre, según ellos, formaba parte de un orden universal y se entendía a sí mismo sólo a partir de ese "orden preestablecido" ³. A través de la

ciencia, el hombre no sólo se ha independizado del cosmos sino que, ayudado por la técnica, lo ha dominado. En este sentido la frase del sociólogo francés A. Comte ha resultado profética. Primero aparece el hombre religioso, después el metafísico y finalmente el científico ⁴. Este es el hombre "mayor de edad".

Este ingrediente científico de nuestra cultura se presenta ambivalente. Al poner el mundo en manos del hombre, la ciencia es como un eco de la palabra de Dios en el Génesis: "Dominad la tierra" ⁵. Es también seguir el mandato de Dios, que el hombre "tiene que poner el nombre" ⁶ a los animales y plantas que le rodean. lo cual en el lenguaje bíblico significa que es el hombre quien ha de buscar un sentido al mundo que le rodea, más aún, al "nombrar" el hombre las cosas, las constituye en su ser. El científico moderno sigue la tradición del Génesis, de "Jabel, padre de los que habitan tiendas y pastorean... de Jubal, padre de cuantos tocan la flauta y la cítara... de Tubulcaín, forjador de instrumentos cortantes de bronce y de hierro" ⁷. Si el comienzo del Génesis nos narra los comienzos rudimentarios del largo proceso de dominar la tierra, la ciencia moderna ofrece hoy resultados impresionantes. Hoy por primera vez tiene el hombre los medios para combatir el hambre, la enfermedad y la ignorancia a escala mundial. Además la ciencia ha hecho ver al hombre la necesidad de colaboración, y sobre todo, le ha forzado a aumentar su sentido de responsabilidad en el uso de las cosas. Sirva como ejemplo trágico la diferencia que hacemos hoy entre armas convencionales y atómicas.

La ciencia ha ayudado al hombre a hacerse "mayor de edad", pero le ha ofrecido también la tentación de hacerse un "huérfano en el mundo". En su afán de separar al hombre del "orden del mundo" ha empujado a muchos a rechazar "todo" orden. El hombre es el ser absoluto sin condiciones, y no queda lugar para Dios en el mundo. Por eso, el hombre "mayor de edad" que en una sociedad bien establecida no rompe con su padre sino que entra en relaciones más maduras con él, se ha convertido en huérfano, cuyo padre ha muerto. La ciencia en sí misma es neutral con respecto a Dios, pero "de hecho" ha sido una de las causas de la llamada muerte de Dios.

El católico de hoy está influido por este ambiente. Tiene la tentación de la autonomía absoluta que le promete la ciencia, pero tiene también la posibilidad, animada por la misma ciencia, de vivir para un Dios más noble, más cristiano. Un Dios que no es sólo "la gran explica-

(3) Este problema se presta a largas discusiones, pues para algunos la filosofía de la Edad Media es también una preparación a la filosofía moderna de la persona.

(4) También esta profecía hay que matizarla. En un nivel más profundo que el de la mera observación, nos podríamos preguntar y podríamos confirmar esto con varios ejemplos, si el científico no está cayendo en la cuenta de los límites de la ciencia y no está volviendo a algún tipo de metafísica y religión.

(5) Gen. 1, 28.

(6) Gen. 2, 19.

(7) Gen. 4, 21-22.

ción del universo", es decir, de nuestra ignorancia, sino un Dios vivo, que, como dice S. Juan, es "mayor que nuestros corazones" ⁸. La ciencia es una ocasión para que reflexionemos que Dios no ha hecho al hombre un muñeco, sino a su imagen y semejanza; es decir un hombre con libertad y responsabilidad para con el mundo confiado a él. Podríamos decir que, en algunas áreas de nuestra vida, la ciencia está exigiendo al hombre una actitud muy evangélica: "Dad al hombre lo que es del hombre y a Dios lo que es de Dios" ⁹.

LA CIUDAD

Otra característica de nuestro tiempo es "la ciudad". Es de sobra conocido que el hombre no puede vivir aislado. Su educación, su profesión, su seguridad están mucho más relacionadas que antes con todos sus conciudadanos. Al hombre se le pide responsabilidad para construir la ciudad. Bien sea que un sistema democrático le exija su cooperación más o menos libre al bien político y social, bien sea que un régimen totalitario se lo imponga, no se puede negar que hoy hemos adquirido un sentido de unidad, de solidaridad mayor que en otros tiempos, que se ve respaldado por el fenómeno de las comunicaciones: teléfonos, radios, T.V., medios de transporte, etc.

El fenómeno de solidarización es típicamente cristiano y se puede ver claramente en las páginas de los "Hechos de los Apóstoles". Sin embargo, el fenómeno de la "ciudad" está planteando problemas al cristianismo. Se ataca hoy al cristiano que se desentiende de los problemas de sus contemporáneos. Naturalmente que la caridad ha sido exigida al cristiano como el primer mandamiento, pero hoy se da un nuevo matiz a este primer mandamiento: hay que meterse de lleno en la ciudad, convivir codo con codo con el hombre en el afán de hacer un mundo más humano. En esta línea se ha llegado a la postura, exagerada en ciertos puntos, de que ser cristiano es sencillamente ser plenamente ciudadano, ser el hombre de la ciudad. El número de libros y artículos publicados sobre este tema en los últimos cuatro o cinco años es impresionante ¹⁰. En su forma extrema, por lo que toca al católico, se presenta el "cristianismo secularizado", como si la única forma de encontrar a Dios fuese en la ciudad, entre los hombres, sin demasiadas preocupaciones sobre nuestras "relaciones personales" con Dios.

Esta actitud llevada hasta sus últimas consecuencias es anticristiana. Pero antes de condenarla apresuradamente debemos pensar si no hay algo de verdad en todo esto, si no hemos nosotros los cristianos motivado esta postura al

abandonar nuestras responsabilidades como ciudadanos; si no nos hemos despreocupado de la ciudad de los hombres, porque al fin y al cabo lo importante es la ciudad de Dios; si no nos puede salpicar un poco la terrible frase de Peguy: "Porque no tienen el coraje de ser del mundo creen que son de Dios... Porque no son de los hombres creen que son de Dios... Porque no aman a nadie creen que aman a Dios" ¹¹.

La ciudad hace hoy muchas preguntas al cristiano. Ni siquiera en nombre de Dios se puede desentender hoy el cristiano de su responsabilidad para con el mundo. El concilio Vaticano II lo ha dicho claramente: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los que sufren, son a la vez gozos y esperanzas de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" ¹².

Pero hay otro aspecto de la ciudad que quisiera notar aunque sea brevemente. A la corriente que quiere disolver, por decirlo así, el cristianismo en la ciudad, hay que contestar que el cristianismo sigue siendo fe en el Dios que se revela en Cristo. Ahora nos preguntamos: ¿no nos puede la ciudad, precisamente como realidad sociológica, enseñar algo a nosotros los cristianos a vivir nuestra fe? La fe, como veremos más adelante, tiene un elemento personal decisivo e inalienable. Pero al decir esto no hemos dicho todo. El Vaticano II dice explícitamente: "La universalidad de los fieles que tienen la unción del Santo no puede fallar en su creencia, y ejerce ésta su peculiar propiedad mediante el asentimiento sobrenatural de la fe de todo el pueblo" ¹³. La interpretación teológica de este pasaje no es fácil; pero una cosa queda en claro: la fe tiene una dimensión social. Cree el individuo, pero cree en la Iglesia como comunidad social, donde los individuos se influyen mutuamente.

Los cristianos formamos también una ciudad: la comunidad de creyentes. Por eso las reformas litúrgicas para mostrar más claramente la comunidad de nuestra fe no son meros cambios, sino un esfuerzo de vivir más plenamente la experiencia de nuestra fe. La proliferación de movimientos cristianos de todo tipo, de estudiantes, matrimonios, obreros, profesionales, tienen si el fin de incrementar la eficacia apostólica, pero son también un reforzarnos mutuamente en la fe.

Pablo, el gran forjador de comunidades cristianas, escribía a los cristianos de Corinto que el Espíritu ha dado a cada cristiano individual diversos dones. Pero los dones han sido dados al individuo "para la edificación de la iglesia" ¹⁴.

(8) 1 Jn. 3, 20.

(9) Mt. 22, 21.

(10) Entre los libros más conocidos destaca el del teólogo protestante norteamericano Harvey Cox: "The secular City", SCM Press, 1965.

(11) Citado en "Personale Begegnung mit Gott", E. Schillebeeckx, Matthias - Grünewald - Verlag, Mainz, 1965, p. 7.

(12) "Gaudium et Spes", Cap. I, n° 1.

(13) "Lumen Gentium", II, 12.

(14) 1 Cor. 12, 14.

A los cristianos de Colosios les dice que se "lleven unos a otros", pues son un mismo cuerpo ¹⁵. Y el mismo Pablo reconoce la necesidad de ser ayudado por sus discípulos: "Siempre rezo, pidiendo que de algún modo tenga buena ocasión de ir a veros, si Dios quiere. Porque deseo mucho veros, a fin de daros alguna gracia espiritual, esto es, para consolarme a vuestro lado con la fe de unos y otros, la vuestra y la mía... para obtener algún fruto, tanto con vosotros como con los demás paganos" ¹⁶.

LA PERSONA

Paralelamente al movimiento comunitario que hemos descrito se deja sentir también entre nosotros el movimiento personalista, apoyado sobre todo en la filosofía existencialista. Ante todo hay que notar que el "existencialismo" no ha de tener de antemano un sentido peyorativo. El existencialismo se inició como una reacción al modo de pensar filosófico que disolvía al hombre concreto en ideas abstractas —véase la reacción de Kierkegaard contra Hegel—, y como reacción a una sociología en la que el hombre concreto desaparecía en la masa; es el hombre anónimo que describe Ortega y Gasset. El existencialismo es pues en primer lugar una revalorización de la unicidad e irrepetibilidad del hombre concreto.

Pero como es imposible hablar del hombre real sin considerar su relación con Dios, de aquí que el existencialismo se ha fijado en Dios con una mirada radical, aunque desde perspectivas muy distintas. Esto se ve ya en sus precursores. Por una parte el danés Søren Kierkegaard se revela contra un cristianismo de masa. El cristiano tiene que comprometer toda su vida con el Dios personal, el Dios celoso que exige todo; hablando con Pascal, el Dios vivo de Abraham, Isaac y Jacob, y no el Dios prefabricado de los filósofos. El hombre se afirma a sí mismo, comprometiéndose totalmente con Dios.

La postura del otro precursor, Nietzsche, es diametralmente opuesta. El hombre se afirma a sí mismo, negando a Dios. "Dios ha muerto", dice Nietzsche, mejor dicho, nosotros lo hemos matado, y la gloria del hombre es vivir solo después de los funerales de Dios. Esta postura es siempre atractiva en parte. Responde al ansia del hombre de querer resolver los misterios últimos de la existencia. El cosquilleo que siente el niño de hacer algo prohibido precisamente porque está prohibido, la curiosidad de traspasar la línea de lo vedado permanece siempre en el hombre. El conocer el bien y el mal es la tentación perenne del hombre. Sólo que para situarse más allá del bien y del mal hay que situarse más allá de Dios.

Hoy en día siguen las dos corrientes. Marcel es el filósofo de la fidelidad, de la esperanza,

de la entrega total del hombre a un Tú, que es Dios. Sartre es el filósofo del absurdo, del hombre solitario que ha conseguido su independencia de Dios.

Las repercusiones de la postura existencialista son múltiples. Se pueden ver en una moral más personalista que pone más énfasis en el amor que en la ley, en las demostraciones de todo tipo entre jóvenes, estudiantes y obreros, que son un comprometerse ante un problema racial, económico o social. Incluso las nuevas modas de los beatniks, los go-go, etc., son una pálida repercusión de la postura individualista, que se revela contra la uniformidad y anonimidad de la masa.

Por lo que toca a nuestro Catolicismo, esta postura nos pone en la encrucijada de tener que repensar nuestro Catolicismo y hacerlo auténtico y personal. De aquí nacerán las críticas a un cristianismo meramente sociológico, transmitido de padres a hijos juntamente con la raza y la nacionalidad, al que se opondrá el cristianismo auténtico, comprometido.

Muchos son hoy en día exigentes con los cristianos. Prácticamente el ser cristiano a medias no es ser cristiano. No tienen paciencia con un cristianismo de gente sencilla, de devociones a los santos. Quieren una Iglesia de mártires, de testigos cien por cien. Esto me parece a mí es exagerar un poco las cosas. Cristo predicó a muchos miles de hombres sencillos e incultos, y tuvo paciencia con ellos. Les perdonó sus pecados, no siete sino setenta veces siete, e hizo grandes signos entre ellos. Pero aunque esto es así, también es cierto que Cristo ofreció a los hombres una amistad íntima y personal y les exigió fidelidad. La predicación de Cristo no consistía tanto en una doctrina como en su misma persona, testigo del Padre. El aceptar a Cristo no es pues aceptar un código de dogmas y preceptos morales sino sobre todo aceptar una persona, aceptarle a Él.

El Vaticano II ha dado también luz en este punto. La revelación de Dios consta, sí, de verdades que hay que creer, pero ser cristianos significa mucho más que eso. Significa aceptar la persona misma de Dios, entrar en amistad con Él. Dice el Concilio: "Quiso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad, por el que los hombres por mediación de Cristo, Verbo hecho carne, tienen acceso en el Espíritu Santo y se hacen participantes de la naturaleza divina. Así pues por esta relación, el Dios invisible por la abundancia de su caridad habla a los hombres como amigos y entre ellos habita, a fin de invitarlos a la unión con Él y recibirlos en ella" ¹⁷. Los grandes cristianos de todas las épocas han vivido esta entrega personal y total a Dios en Cristo. Todos ellos han sido en este sentido "existencialistas", como lo era Pablo cuando decía: "Estoy convencido de que ni muerte ni

(15) Col. 3, 13ss.

(16) Rom. 1, 11-12.

(17) Dei Verbum I, 2.

vida ni ángeles ni potestades, ni lo que ha sido ni lo que será, ni fuerzas, ni altura ni profundidad, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro" ¹⁸.

Y para que esto no quede en meras palabras, podemos pensar cómo reaccionamos los cristianos en nuestra vida concreta. Cuando Pablo VI, por ejemplo, publica la "Populorum Progressio" ¿tomamos la actitud de los banqueros de Wall Street, que se contentan con hacer un análisis económico, para concluir que la encíclica no dice "nada nuevo"? ¿O vemos a Cristo, independientemente de si la formulación de la encíclica papal es perfecta o imperfecta, invitándonos a ser cristianos auténticos, a repensar nuestra responsabilidad social, aunque esto incluye una modificación en nuestros conceptos tradicionales sobre el bien común, la propiedad privada y, sobre todo, una modificación práctica de la manera de usar nuestros bienes?

EL MISTERIO DE LA ESCRITURA

Hasta ahora hemos considerado una serie de fenómenos culturales que han afectado naturalmente al cristianismo, pero que por así decirlo han venido "de fuera". Ahora quiero considerar brevemente algunos puntos de tensión que se originan desde dentro del cristianismo.

Desde los comienzos la Iglesia ha considerado la Escritura como su libro, como la palabra de Dios, a la cual respondemos todos los domingos con fe y entusiasmo: "te alabamos Señor". Por ser palabra de Dios la Escritura es naturalmente palabra de verdad. Sin embargo nada más abrirla leemos que Dios creó el mundo en seis días, y nuestra formación cultural occidental nos impide creer esto literalmente. Y a pesar de todo es palabra de Dios.

El problema de la verdad de la Escritura estalló a principios del s. XVII cuando el astrónomo Galileo dijo que no es el sol el que se mueve alrededor de la tierra, como supone el libro de Josué, sino la tierra alrededor del sol. Esto trajo consigo una serie de incidentes desagradables entre los hombres de ciencia y los eclesiásticos de Roma. La base del problema es que la Escritura era considerada como un libro, divino sí, pero también como un libro que nos daba lecciones de astronomía, física y biología. Pero en la célebre frase del cardenal Baronio, "la intención de la Escritura es enseñarnos cómo ir al cielo y no cómo se mueven los cielos". Con esto estaba expresada una profunda verdad que la teología moderna ha desarrollado. La Escritura dice la verdad, pero como dijo Pío XII "en la Sagrada Escritura lo divino nos es presentado según la manera usual entre los hombres" ¹⁹. Y los hombres que la escribieron eran orientales de hace 20 ó 30 siglos. Los escritores antiguos tenían un modo de hablar muy distinto

al nuestro y sería ridículo querer leer esos libros con una mentalidad moderna. También nosotros usamos diversas maneras de hablar. Hay relatos históricos, noticias de periódico, pero junto a esto tenemos obras de teatro, novelas, técnicas publicitarias, e incluso chistes. También se puede comunicar la verdad en una novela o un chiste, pero naturalmente en este caso no hay que tomar todo literalmente. En la Escritura ocurre algo de eso. Hay narraciones históricas, explicadas al modo oriental, hay oraciones, hay profecías. Pero para entender la verdad de lo que se dice hay que tener en cuenta cómo se dice. Por eso hay que entender lo que Dios nos quiere decir a través de ese modo de hablar y la mejor forma para eso es "que se determine qué intentaba decir el autor sagrado" ²⁰. Esta es la tarea de la exégesis moderna; procurar desvelar el sentido último de los autores de la Escritura estudiando los diversos géneros literarios, la manera de ser de aquellos pueblos, y para ello usa diversas ciencias como la filología, historia y literatura de los pueblos orientales, paleontología...

El descubrimiento de que la Escritura es palabra de Dios, pero también palabra del hombre, puede ser para algunos inquietante. Y sin embargo no tiene por qué serlo. El verdadero problema no está en que la exégesis use métodos científicos para interpretar la Escritura, sino en creer que con eso está hecho todo. El verdadero problema está en creer que la Escritura, escrita por hombres, es palabra de Dios, mejor dicho, hablar de Dios a los hombres ahora. La palabra de Dios es un acto personal. A través de su palabra Dios se nos comunica él, quiere entablar un diálogo con nosotros. Por eso la actitud del cristiano oyente y lector de la palabra de Dios tiene que ser una actitud personal y no meramente científica, y esa actitud personal se llama fe. El verdadero problema es si leemos la Escritura con fe o como un libro más. Ni siquiera es suficiente leer la Escritura para buscar verdades. Lo decisivo es leerla para entrar en diálogo con Dios, tener una actitud abierta para oír a Dios. Como decía S. Agustín: "mientras las palabras de la Escritura suenan en nuestros oídos, el Maestro está en nuestro corazón". ²¹ Por eso hay que leer con fe. "Quien tenga oídos para oír oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias", dice el Apocalipsis ²²; y esos oídos son los de la fe.

Tenemos que tomar en serio la Escritura y deslindar bien los problemas que surgen alrededor de ella. El que se asombra o se asusta porque la Escritura tiene que ser ayudada por la exégesis científica, en el fondo no ha entendido que Dios nos habla a través de hombres; más aún, no ha entendido el misterio de la encarnación, del Dios hecho verdadero hombre,

(18) Rom. 3, 38-39.

(19) Divino afflante Spiritu, "Enchiridion Biblicum", Roma 1956, n.º 559.

(20) Ibid. n.º 557.

(21) Sermo 85, 1. PL 38, 520.

(22) Apoc. 1, 11.

que quiso ser en "todo" igual a los hombres, menos en el pecado. Todos tenemos la secreta tentación de ir a Dios directamente, exigiendo, por decirlo así, pruebas estrictamente divinas. Y sin embargo es cierto que sólo podemos ir a Dios a través de Cristo, culmen de la revelación de Dios, que vivió como un hombre de Nazaret.

Para curar el posible desencanto de que la Escritura está escrita con manos humanas, la solución no es volver a una comprensión de la Escritura, como si Dios la hubiese dictado por teléfono. La solución es leerla como lo que es, como comunicación de Dios a nosotros, y por eso leerla con fe, con abertura de alma, con ansia de encontrar ahí la palabra de Dios para mi vida concreta, con disposición de responder a esa palabra de Dios dirigida a mí con todo mi ser. El autor de la carta a los Hebreos dice: "La palabra de Dios es viva, y poderosa, y más tajante que toda espada de dos filos, y penetra hasta la separación del alma y el espíritu" ²³. Para el católico de hoy la Escritura sigue siendo una espada de dos filos. Por una parte puede causarle un cierto desasosiego e intranquilidad el no poder leerla con la simplicidad de nuestros abuelos, pero por otra parte puede ser una gran fuente de paz y vida, al leerla con una fe más pura y una confianza en Dios más valiente.

EL MISTERIO DE LA IGLESIA

Al hablar de la ciudad ya hicimos algunas consideraciones sobre la Iglesia como la comunidad de los creyentes. Entre las muchas cosas que se pudieran decir sobre este tema me voy a limitar a tocar un punto: el papel del seglar en la Iglesia y consiguientemente las relaciones entre el seglar y la jerarquía.

Todos hemos aprendido en el catecismo que la Iglesia es la comunidad de los bautizados. Todo cristiano forma parte de la Iglesia. Desde los primeros tiempos esta verdad ha sido obvia. Pero a través de un largo proceso que cristalizó en tiempo de la reforma protestante, y como consecuencia de la necesidad de combatir al protestantismo naciente, la Iglesia se ha ido poco a poco identificando con la jerarquía, Papa, Obispos y aún los sacerdotes. "Dice la Iglesia" ha venido a significar "dice Roma". En esta frase se encierra una verdad fundamental. Cristo dijo a sus apóstoles y en ellos a sus sucesores: "El que vosotros oye a mí me oye y el que a vosotros desprecia a mí me desprecia" ²⁴. De aquí que el papel de los sucesores de los apóstoles, el papa y los obispos siempre ha sido de suma importancia en la Iglesia, y ésta ha sido también una de las notas distintivas de la Iglesia católica con respecto a las comunidades e Iglesias protestantes.

Sin embargo esta casi-identificación de la Iglesia con la jerarquía es hoy duramente ata-

cada. La experiencia cristiana ha visto desarrollarse en nuestro siglo el fenómeno de la importancia del seglar en la Iglesia. De ser un elemento casi meramente pasivo, ha tomado un papel activo en la vida de la Iglesia. Encíclicas papales han aprobado y fomentado este movimiento de resurgimiento del seglar católico. Con esto no desaparece la función directora de la jerarquía, naturalmente, pero sí se han suscitado una serie de problemas. ¿Es el papel del seglar meramente seguir las indicaciones de la jerarquía? ¿No puede el laico ser movido por el Espíritu independientemente de la jerarquía? ¿Tiene la jerarquía que consultar al laico, y eso no meramente para lograr un *modus vivendi*, como entre partidos políticos, sino como necesidad cristiana de buscar al Espíritu donde quiere que sople?

El Vaticano II ha dedicado todo un decreto al apostolado de los seglares, porque "el apostolado de los seglares, que brota de la esencia misma de su vocación cristiana, nunca puede faltar en la Iglesia" ²⁵. Parte de este apostolado es crear una opinión pública dentro de la Iglesia. Ya Pío XII en un famoso discurso declaró: "Quisiera añadir una palabra sobre la opinión pública dentro de la Iglesia, sobre cosas que quedan abiertas a discusión, por supuesto. Sólo los que conocen poco o nada de la Iglesia católica se sorprenderán al oír esto. Pues ella también es un cuerpo vivo, y faltaría algo a su vida si no hubiera opinión pública en ella, un defecto del cual son responsables tanto los pastores como los fieles" ²⁶. Este texto, tan traído y llevado, ha podido ser objeto de malas interpretaciones. El que entienda por opinión pública en la Iglesia algo así como un órgano de presión sobre la jerarquía, ha confundido la Iglesia con una sociedad civil. La razón de la opinión pública en la Iglesia tiene raíces mucho más profundas que el mero intercambio de opiniones entre dos grupos. Es una manifestación del hecho básico de que "todos" los cristianos son la Iglesia.

El Vaticano II ha escrito quizás sus mejores páginas sobre este punto. En la Constitución sobre la Iglesia se ha explicado teológica y bíblicamente la dignidad, derechos y responsabilidades de "todos" los cristianos. En el primer esquema presentado al Concilio todavía se notaba una mentalidad en la que se acentuaba la diferencia entre jerarquía y fieles. Este esquema fue rechazado, y en su lugar se aprobó la constitución "Lumen Gentium". Empieza esta en el primer capítulo con el misterio de la Iglesia. En los capítulos 3º y 4º habla sucesivamente de la jerarquía y de los seglares. Pero lo decisivo es que, antes de esa separación entre jerarquía y fieles, está el capítulo 2º sobre el Pueblo de Dios. Este no rechaza naturalmente los distintos papeles que tienen en la Iglesia la jerar-

(23) Hebr. 4, 12.

(24) Lc. 10, 16.

(25) "Apostolicam Actuositatem", Proemium, nº 1.

(26) "Osservatore Romano", 18 de febrero, 1950.

quía y los seglares, pero se esfuerza en mostrar la unidad radical y fundamental de todos los cristianos, antes de mostrar sus diferencias. Por eso habla del sacerdocio común de todos los fieles, de la fe de toda la Iglesia, de los carismas de todos los cristianos. Se acentúa pues la dignidad y responsabilidad de "todos" los cristianos.

Los textos de ese capítulo se basan sobre todo en las cartas de Pablo. Este les dice a los de Corinto que en la Iglesia hay muchos carismas, es decir muchos dones del Espíritu. Unos son apóstoles, otros profetas, otros doctores, otros evangelistas, otros consejeros. Unos son diáconos, otros atienden a enfermos, las viudas sirven a la comunidad. Otros tienen carismas de dirección; los obispos y pastores. También tienen carismas los que sufren, los que viven la vocación de su estado, casados o solteros. La jerarquía tiene el don de dirigir, y el seglar la obligación de ser dirigido. Pero eso no quiere decir que el único carisma del seglar sea el de ser dirigido.

De todo esto, de ese revivir de la conciencia de responsabilidad y derecho de cada cristiano, se siguen algunas consecuencias. En primer lugar se explica humanamente que al no haber estado acostumbrados a un apostolado activo y de iniciativa, haya algunos roces o pueda haberlos con la jerarquía. Esto se nota sobre todo en algunos países de Europa y Estados Unidos. Este es por otra parte el precio inevitable que hay que pagar para adaptarse a una realidad nueva. Pero lo interesante no es el reajuste en el plano sociológico, sino el desarrollo de la conciencia cristiana a esta luz. El seglar no puede abandonar su responsabilidad, no puede frustrar al Espíritu que vive en su corazón. Tiene que aprender a unir una de las tantas paradojas cristianas: por una parte obediencia a aquellos cuyo carisma es precisamente dirigir, a la jerarquía; por otra parte tiene que desarrollar sus iniciativas cristianas, ya sea en la participación litúrgica, ya sea en interpretar cristianamente las realidades sociológicas, políticas y económicas de su tiempo; ya sea también en el campo teológico. Un seglar casado, por ejemplo, ¿no tiene nada que decir a un teólogo célibe sobre el matrimonio? Un militar, ¿no puede cooperar a una teología de la paz y la guerra?

Pablo ponía como piedra de toque de todos los carismas, tanto de la jerarquía como de los seglares, que "ayudaran a edificar el Cuerpo de Cristo". Los carismas son dones para servir. La jerarquía que apelase siempre a la autoridad y no auscultase la presencia del Espíritu en los seglares, no serviría a la comunidad. El seglar que hiciese bandera personal de sus iniciativas, que prefiriese su opinión porque es "suya", que fomentase una opinión pública por el placer malsano de poner en entredicho a la jerarquía, no serviría a la comunidad.

Quizás por la manera de describir las cosas pueda decir alguno que estoy suponiendo una fricción necesaria entre seglares y jerarquía. Esto no es así. El ideal es la mutua colaboración, ideal que se ve realizado en muchas partes. Si me he fijado en las posibles fricciones, que por otra parte también se dan, es porque en estos tiempos de cambio no es fácil que falte algo de esto, y por eso conviene reflexionar sobre ello. De todos modos las meras consideraciones nunca podrán sustituir, sobre todo en este punto, al diálogo humilde y valiente y a la oración que nos hace discernir lo que es del Espíritu y lo que es de "nuestro" espíritu.

EL MISTERIO DE DIOS

El cristianismo tiene que decir algo al hombre de hoy, al hombre de la ciudad. Pero el cristianismo no es una ideología más. La fe cristiana se basa en el hecho de que en Cristo se nos ha mostrado Dios. Por eso el misterio de Dios siempre será central en el Cristianismo, y el ateísmo siempre será el error fundamental. El Vaticano II ha mostrado comprensión con los ateos, nos ha llamado a dialogar con ellos, pero al ateísmo como tal lo ha condenado en sus diversas formas. También nos ha hecho ver el papel purificador que el ateísmo circundante puede tener en nuestra fe, y tampoco ha eximido a los cristianos de responsabilidad por el ateísmo, pues con nuestras vidas hemos sido argumentos vivos de irreligiosidad cuando hemos prestado a Dios servicio de labios pero no de corazón²⁷.

La fe en Dios y el ateísmo siempre permanecerán un misterio último para el hombre. "A Dios nadie le ha visto",²⁸ nos dice S. Juan; y sin embargo S. Agustín exclama: "Nos has hecho Señor para Ti, y nuestro corazón descansa inquieto hasta reposar en Tí"²⁹. Dios no es un objeto más en nuestra vida, ni siquiera es una persona más. Dios es más íntimo a nosotros que nosotros mismos, y por eso siempre se nos escapa. Dios nos llama siempre, pero nunca se deja controlar y poseer totalmente por nosotros. El ateísmo de una manera o de otra se basa en la incapacidad del hombre de controlar a Dios y del consiguiente cansancio de buscar a un Dios que siempre se nos adelanta. El hombre que de alguna manera pone condiciones a Dios, el hombre que tiene la actitud de ser "primero" y no "segundo" es ya un ateo en ciernes.

Hoy en día, a consecuencia en parte del ataque del ateísmo, se plantea en el cristianismo el misterio de Dios en toda su radicalidad. Algunos protestantes, como Bonhoeffer, quieren un cristianismo con Dios, pero sin religión. La religión del cristiano es vivir en la ciudad. Sólo ahí se

(27) "Gaudium et Spes", nº 7 y 10.

(28) 1 Jn. 4, 12.

(29) "Confessiones", I, 1, 1.

encuentra a Dios³⁰. Otros como Robinson, buscan a un Dios que es el fundamento de nuestro ser, pero queda ambiguo si ese Dios es una "persona" con la que se puede dialogar³¹. Algunos extremistas como Hamilton y Altizer hacen desaparecer a Dios del cristianismo. Se siguen llamando cristianos porque aceptan el modo de vivir defendido por los valores cristianos tradicionales, pero sin Dios³². Este es el movimiento que se ha llamado de la teológica sin Dios. La designación no es del todo exacta, pues sólo el último grupo rechaza explícitamente a Dios.

¿Puede el católico integrar esta problemática en una fe más madura? El P. de Lubac dice que "siempre que la humanidad abandona un sistema de pensamiento, cree que ha perdido a Dios"³³. Por eso en los grandes cambios culturales siempre hay una crisis, latente o patente, de Dios. Esto no puede menos de ser así, pues como ya hemos dicho Dios no se deja controlar por el hombre. El hombre siempre siente un poco la necesidad de fabricarse un Dios de bolsillo, para que el verdadero Dios no le aterre con su misterio infinito. Lo positivo de la "teología sin Dios" es hacernos recordar que Dios supera infinitamente al hombre. Por eso Dios muere cada vez que muere una manera de pensar. Propiamente no muere Dios, sino los ropajes humanos que los hombres le ponemos y, —aquí está la raíz del problema— tenemos que ponerlos, para poder entenderle de alguna manera. Pero el Dios vivo permanece y entierra siempre a sus enterradores.

Entre los teólogos católicos hay un movimiento de revalorización del misterio de Dios, precisamente como misterio inaccesible. Esto lo hacen a veces dialogando con los teólogos sin Dios. E. Schillebeeckx, por ejemplo, le ha recordado a Robinson que el misterio de Dios no se puede disolver meramente en el nivel horizontal de la ciudad de los hombres. Dios preside también la dimensión vertical del ansia e indigencia infinita del hombre³⁴.

Quizás los dos teólogos que mejor han expuesto el misterio de Dios en nuestros días son los PP. Rahner y de Lubac. Quisiera terminar este apartado con dos citas de ellos que hablan por sí mismas. Rahner escribe en uno de sus artículos más personales en que nos dice por qué cree él: "¡Qué ventura! No se puede pasar de largo ante el misterio infinito, que nos rodea con amor callado, tan fácilmente como suponen igual los escépticos y ateos y los cristianos estrechos, los cuales piensan en Dios según su corazón

demasiado pequeño. Y precisamente porque lo rodea todo silenciosamente, porque todos los caminos van a dar a él, en quien vivimos, nos movemos y somos, que no está lejos de cada uno de nosotros, que los sustenta todo, sin ser abarcado ni alcanzado por nadie... Dios es todo en todo"³⁵. Y el P. de Lubac: "En el culmen del esfuerzo del hombre, cara a cara con el Ser de Dios, el hombre se convence de su nada; y en la medida en que el misterio de Dios se deja penetrar por la razón, o mejor dicho, penetra él la razón, revela sus profundidades, y la luz que irradia sólo aumenta la oscuridad en que el Misterio se esconde a sí mismo"³⁶.

CONCLUSION

Hemos descrito algunos fenómenos actuales en la Iglesia de hoy. Se podrá objetar que no hemos dicho todo, no hemos hablado mucho de Cristo, María, los sacramentos, vocaciones y vida de los sacerdotes y religiosos, problemas morales, etc. Todas estas cosas naturalmente habría que tenerlas en cuenta para analizar el estado de la Iglesia. También se podrá objetar que hemos hablado de varias cosas que apuntan en diversos sentidos, como la ciudad y la persona, sin haber intentado dar una síntesis. Todo esto nos llevaría a un estudio minucioso y gigantesco que no se puede hacer en unas breves páginas. El fin de estas líneas no ha sido tratar problemas en detalle, sino dar una visión de conjunto de los factores de cambio en la Iglesia, y esto sí se puede ver, si se confronta con la realidad los factores indicados.

Ahora podemos responder a la pregunta que hicimos al principio. ¿Se puede caracterizar nuestra situación como "crisis"? Si la palabra crisis se toma en sentido ordinario, no se puede negar que en algunos sectores la hay. Bien por razones intelectuales de los que se preguntan por su fe antigua, bien por razones de compromiso activo, como los que ante la "Populorum Progressio" no saben dar el paso al frente.

Pero la palabra "crisis" tiene un sentido original en griego, de donde procede, que nos puede dar más luz. Crisis significa sencillamente discernimiento. En este sentido la Iglesia siempre ha estado en crisis, siempre tiene que pensarse a sí misma, como el Vaticano II lo ha hecho solemnemente. Siempre tiene que pedir, como S. Pablo pedía para los cristianos de Efeso, "que el Dios del Señor nuestro Jesucristo os de espíritu de sabiduría y de revelación para su conocimiento, alumbrando los ojos de vuestro corazón"³⁷. Siempre tiene que seguir la recomendación de S. Juan: "No os fieis de cualquier espíritu, sino poned a prueba a los espíritus a ver si son de Dios, porque han salido al mundo muchos falsos profetas"³⁸.

(30) Véase por ejemplo su libro, "Letters and Papers from Prison", Fontana Books, Londres, 1953.

(31) Véase por ejemplo, "Honest to God", SCM Press, Londres, 1963.

(32) Véase el libro en colaboración, "Radical Theology and the Death of God".

(33) "The Discovery of God", P. J. Kennedy and Sons, New York, 1960, p. 167.

(34) Véase sus libros, "Personale Begegnung mit Gott" y "Neues Glaubensverständnis". Ambos en Matthias Gruenewald, Mainz, 1964.

(35) "Escritos de Teogogía", V, "Ediciones Taurus", Madrid, 1964, p. 31.

(36) Op. cit., p. 119.

(37) Ef. 1, 17-18.

(38) 1 Jn. 4, 1.

El discernir los espíritus cristianamente no es tarea fácil. Sin embargo, mientras la Iglesia esté creciendo, es totalmente necesario. Si crecer fuera meramente aumentar en número, no habría problema. Pero crecer significa desarrollarse orgánicamente, desarrollar desde dentro el misterio de la Iglesia; como el hombre, que aunque no aumente ya su estatura, se sigue desarrollando y descubriendo en sí cada vez nuevas potencialidades y nuevas limitaciones. Para discernir, para hacer "crisis" quizás convenga recordar algunas antiguas verdades:

a) La pereza y el pesimismo no son virtudes cristianas. La Iglesia tiene que ser como la esposa que se engalana hasta que venga el Esposo³⁹. No nos tenemos que dejar llevar del espíritu de "esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos", como decía Juan XXIII⁴⁰.

b) La responsabilidad es exigida por Cristo en la parábola de los talentos. No se pueden guardar los dones de Dios en balde.

c) En el cristianismo siempre habrá tensiones, y no meramente porque los cristianos somos al fin y al cabo hombres, sino porque Cristo predicó a la vez la pobreza y el dominio de la tierra, la oración y el trabajo, la obediencia y la iniciativa, la humildad y la fortaleza. En la

Iglesia siempre habrá la tensión del que quiere ir directamente a Dios, porque el Espíritu está dentro de nosotros y del que reconoce que para llegar a Dios hay que dar un rodeo a través de un hombre, Jesucristo.

d) Estas tensiones no se pueden compaginar meramente en un nivel intelectual. Hay que vivirlas, para encontrar su verdadero sentido como tensión. Hay que "hacer" la verdad en la caridad.

e) La Iglesia es el Cuerpo de Cristo y el pueblo de Dios, y por eso participa de su misterio. Por eso siempre será como Cristo, locura y escándalo. Y Cristo seguirá diciendo: "Dichoso el que no se escandalizare en mí"⁴¹.

f) Todo cambio en la Iglesia tiene un último criterio de verdad. S. Ignacio de Loyola lo expresaba en sus "Ejercicios Espirituales" como un aumento de fe, esperanza y caridad. Y S. Juan: "Conoce en esto al Espíritu de Dios: todo espíritu que confiese a Jesucristo venido en carne, es de Dios, y todo espíritu que no confiese a Jesucristo, no es de Dios"⁴².

La Iglesia seguirá peregrinando, seguirá creciendo como árbol, seguirá diciendo como la Esposa del Apocalipsis: "Ven"⁴³. Hasta que Cristo vuelva, la Iglesia seguirá creciendo.

(39) Apoc. 21, 2.

(40) Discurso del 11 de octubre de 1962.

(41) Mt., 11, 6.

(42) 1 Jn. 4, 2.

(43) Apoc. 22, 17.

— AVIA —

AGENCIA DE VIAJES APOSTOLO

Tels.: 21-7314; 21-5245 y 21-9944. — Calle Arce 1268, San Salvador.

ARREGLO DE VIAJES INDIVIDUALES Y EN GRUPOS
A TODOS LOS CONTINENTES.

NUEVA FARMACIA "LA ASUNCION"

Dr. Luis Alberto Aparicio R.

Edificio MEDICO DENTAL, ½ Cuadra al Oriente
del Colegio La Asunción. Frente a CEFESA.

Teléfonos: 21-3941 y 21-7820/24.

Exclusivamente al servicio de Su Salud.

ABIERTA: de 8:00 a.m. A 1:00 p.m.

2:30 p.m. A 7:00 p.m.

SABADOS: 8:00 a.m. A 1:00 p.m.